

## **El espectro de Jorge Serrano**

Sorprende que nuestra clase política no haya aprendido del pasado.

Por: Gustavo Berganza

Hubo una vez un político que llegó a la presidencia con un partido que no logró la mayoría absoluta en el Congreso. Era una época en la cual los ciudadanos prefirieron votar cruzado, por aquello de los abusos autoritarios que perpetró la anterior aplanadora oficialista.

En aquella etapa de iniciación democrática, se pensó, ilusamente, que si el Presidente y su partido no tenían el control del Congreso podía ensayarse un interesante ejercicio de discusión y negociación. Se pensó, ingenuamente, que por medio del diálogo, los novatos que dirigían el rumbo de nuestra democracia -formados todos ellos en un ambiente represivo y poco propicio al respeto de la diversidad y la digresión- aprenderían a manejarse dentro del modelo político que empezaba a ensayar el país.

Lo malo es que el Presidente, un personaje con inteligencia privilegiada pero poco diestro en aplicar su IQ a la práctica política, cayó muy pronto en las trampas que le tendieron sus opositores en el parlamento. Primero fue la demanda de favores políticos, más adelante la de cargos, como las magistraturas de la Corte Suprema de Justicia, para los cuales era necesario contar con los votos de la bancada del Presidente. Y finalmente, se cayó en la más burda extorsión: los votos ya no se tasaban en obras, palancas ni prebendas, sino en dólares contantes y sonantes. Cada vez que había votación, del Palacio Nacional al Palacio del Legislativo viajaba uno de los asesores del Presidente, con un maletín cargado de billetes para asegurar el quórum y las mayorías necesarias para hacer avanzar los proyectos que interesaban al Presidente. Pero llegó un momento en que los votos se tornaron tan pero tan caros, que el Presidente empezó a echarse para atrás y a criticar una voracidad que él y sus operadores políticos habían instigado. Del Congreso y la Corte Suprema vinieron amenazas de desafuero, de juicios políticos y el Presidente se hartó, y mal aconsejado por individuos que todavía gravitan impune y alegremente en el palenque local, disolvió el Congreso, destituyó a la Corte Suprema de Justicia y declaró su intención de gobernar por decreto.

Lo demás es historia: la condena internacional, las presiones, la salida de Jorge Serrano hacia El Salvador, las lágrimas ridículas de su vicepresidente al no haber podido asumir él el poder, la elección de un mandatario provisorio y la depuración del Congreso de la República.

Con todos estos antecedentes, de sobra conocidos por quienes hoy nos gobiernan (no olviden que Álvaro Colom era en ese entonces el director de Fonapaz), sorprende que nuestra clase política no haya aprendido de los errores del pasado. Porque la manera como hoy se negocian los votos y apoyos de parte del gobierno de la UNE empieza a parecerse peligrosamente al estilo que utilizaba el gobierno de Jorge Serrano.